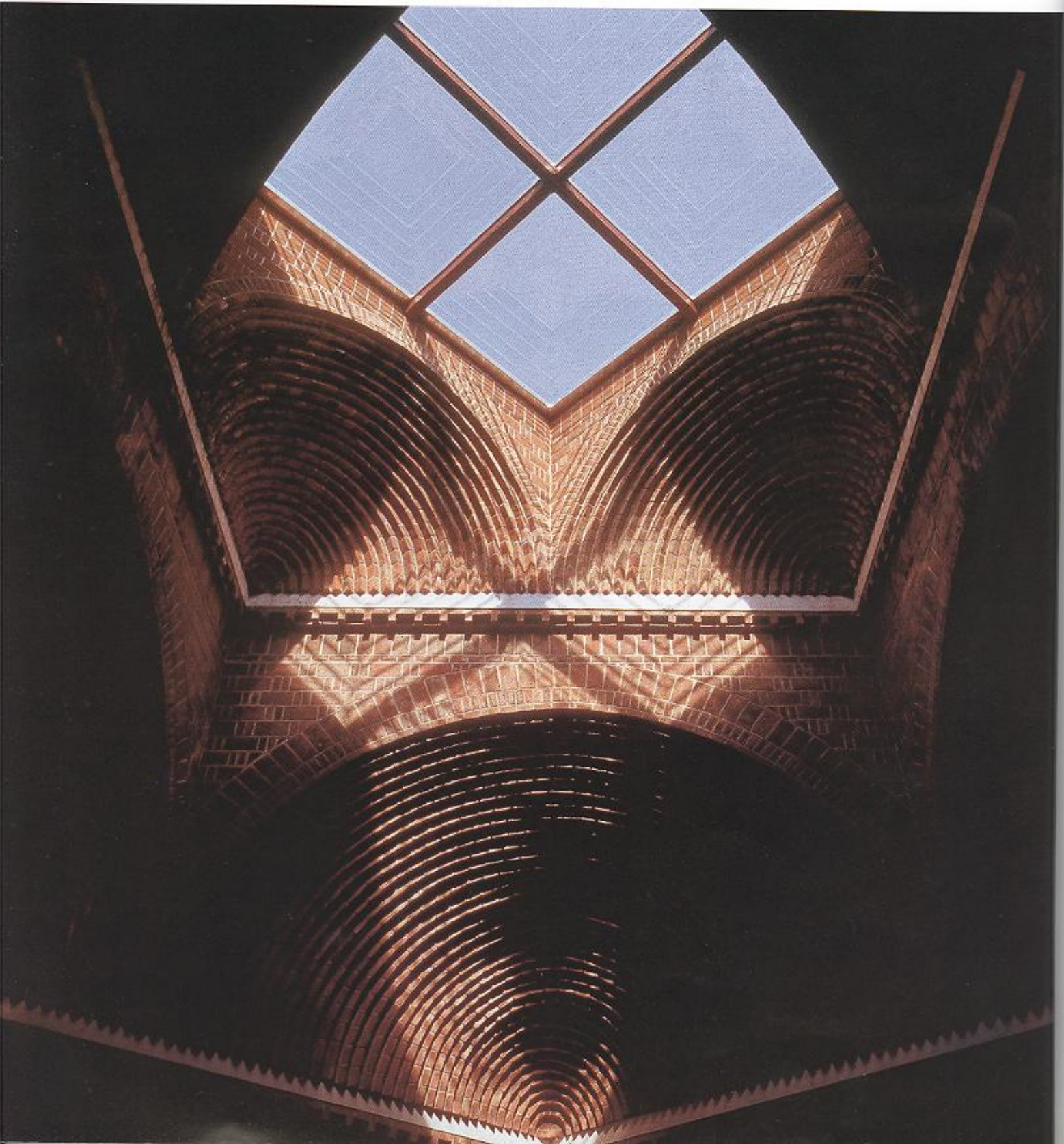


Tránsitos y demoras de Carlos Mijares /

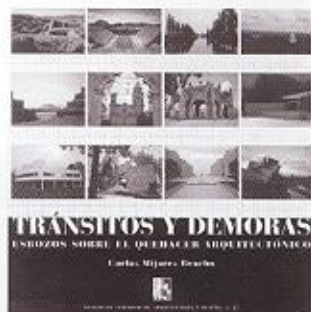
Carlos Morales

Arquitecto colombiano,
Decano de la Facultad de
arquitectura ISMUS, Panamá.

Capilla del panteón, Jungapeo, Michoacán, 1984-86. Foto: Jorge Bracho.



El presente texto fue leído en la presentación de *Tránsitos y demoras* del arquitecto y maestro Carlos Mijares. El autor reflexiona, a propósito del libro, sobre el ejercicio de la arquitectura, su enseñanza y los aportes de Mijares en ambas actividades.



Una imagen que viene a mi mente de manera recurrente es la de un arquitecto describiéndole a un colega, por teléfono, un proyecto sencillo: una perrera, por ejemplo. Quisiera ver lo que dibujaría el colega que recibió la información. La posibilidad de que hubiera una coincidencia, por simple ley de probabilidades, sería bien remota. Simplifiquemos la situación y recurramos a otra imagen: la de un arquitecto explicando a otro colega el mismo proyecto, ya no por teléfono sino frente a frente, ambos con las manos en los bolsillos. Sin duda, la imagen que tendría cada uno distaría mucho de la del otro.

Estas dos imágenes sugieren lo difícil que es la comunicación entre arquitectos y, mucho más, lo complejo que es pretender enseñar nuestra profesión. Al ser una disciplina del universo del diseño, prima lo subjetivo sobre lo objetivo, y lo cualitativo sobre lo cuantitativo. Es tan difícil, que rara vez encontramos explicaciones sencillas, directas y concretas a la mayoría de las preguntas que nos hacen nuestros estudiantes, y que nosotros mismos nos hacemos.

He sido un convencido de que en el proceso de enseñanza que hoy impera en la mayoría de las escuelas se cometen muchas injusticias. El estudiante que ingresa a la escuela, generalmente, encuentra maestros que rara vez pueden aclararle las nociones más elementales de la arquitectura, cosas tales como la escala, la relación entre volúmenes, las proporciones, y tantas otras que aún hoy, después de tanto tiempo dedicados a la profesión y a la enseñanza, nos vemos en dificultades para explicar. Al estudiante se le habla la mayoría de las veces en clave, una clave para iniciados, y él, con el correr del tiempo, la aprende, así no aprenda los conceptos.

Existe, por otra parte, una gigantesca desventaja entre aquellos estudiantes que no han tenido la oportunidad de viajar, visitar museos, conocer otras ciudades y arquitecturas, y aquellos que han tenido esas oportunidades. La confusión es mayor cuando se descubre que, al cursar una profesión como la nuestra, el mucho estudiar no es garantía de nada, como en otras profesiones. Y, para empeorar las cosas, no existen fórmulas ni recetas que conduzcan al éxito.

A pesar de todo, siempre me he sorprendido cuando un profesor de los primeros años dice: "Fulano de tal no sirve para arquitectura..." No veo manera de definir desde un comienzo cuándo una persona "sirve" para arquitectura. Cuántos casos de estudiantes he visto que iniciaron en medio de la más grande confusión y luego, tras varios semestres o años

de estudio, descubren que los dispersos conocimientos que le han dado encajan y tienen algún sentido. Cuántos otros terminan su carrera y sólo después de algunos años de ejercicio le encuentran coherencia a lo que estudiaron. Y cuántos más estamos aún confundidos y encontramos respuestas con toda la lógica que quisiéramos.

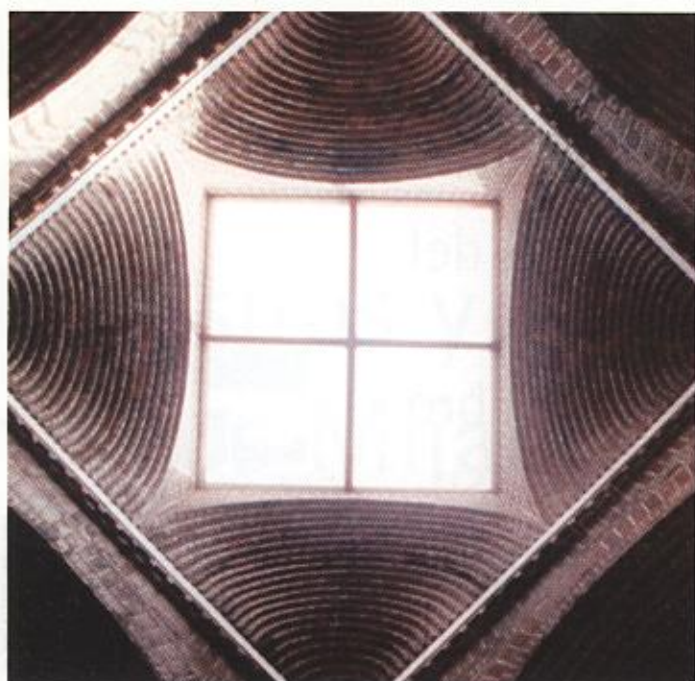
¿Qué difícil es la enseñanza de nuestra bella profesión!

Los estudiantes no son todos iguales, ni han tenido las mismas vivencias u oportunidades ni aprenden o descubren a la misma velocidad; cada uno es un universo y no un clon, como se quisiera en tantas escuelas. Es esa diversidad de gente, de experiencias y percepciones la que en último caso enriquece nuestra profesión. ¿Acaso le hemos dicho a los estudiantes que si para un mismo terreno llaman a diez arquitectos habrá diez propuestas distintas? Precisamente de eso se tratan los concursos, y es ese bien entendido individualismo una parte básica de nuestra carrera. ¿Si queremos fomentar la creatividad de cada uno, por qué entonces queremos igualarlo y estandarizarlo a lo largo del proceso de enseñanza y aprendizaje?

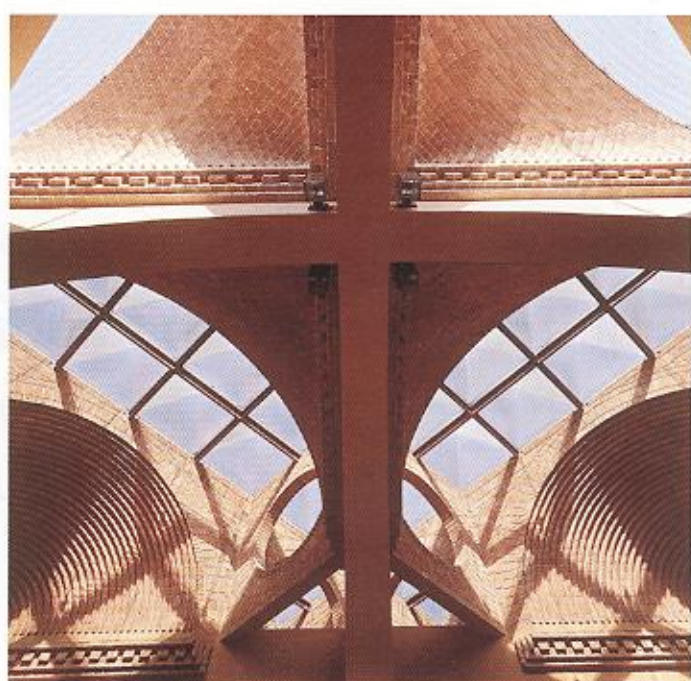
Y para colmo de confusiones, en nuestro medio y en nuestras escuelas hay cabida para toda suerte de charlatanes. Recuerdo cuando alguno de los muchos profesores le decía a un grupo de estudiantes "Si ustedes no entienden la música descriptiva de Smetana, ni siquiera intenten entender la arquitectura!"

Este no es un caso aislado; creo que todos recordamos un personaje semejante, algún imbécil, diría yo en buen castellano, diciendo cosas como: "Tu proyecto tendría sentido en una economía de liberalismo manchesteriano, pero jamás en nuestro contexto..." Y otras perlas: "Me parece imposible que no hayas entendido que la ciudad tiene una dinámica que sigue tendencias biológicas: tu proyecto demuestra que no lo tuviste en cuenta..." U otro, que con un gesto casi asquiento comentaba: "¿Cómo se nota que nos has leído nada sobre el estructuralismo de Levy Strauss!"

Entre tanto, los pobres estudiantes, que supuestamente debían admirar tanta sabiduría, pero que sólo aspiraban a escuchar comentarios sobre las circulaciones de sus estacionamientos o si su cocina funcionaba adecuadamente, se veían sometidos a estas pruebas irrefutables sobre su ignorancia e insuficiente capacidad para llegar a ser arquitectos. Repito: ¿Qué difícil es enseñar nuestra profesión y qué difícil aprenderla!



Capilla del Panteón, Jungapeo, Michoacán, 1984-86. Foto: Jorge Bracho.



Centro de Cómputo, Gobierno del Estado, Morelia, Michoacán, 1984-86. Foto: Lourdes Grobet.

No me cabe la menor duda de que el proceso de enseñanza de la arquitectura tiene mucho que ver con la capacidad del profesor de enamorar y apasionar al estudiante en aquello que ha escogido como modo de vida: que el alumno, desde un comienzo, aprenda a “leer” los espacios; que “oiga” lo que le dice un terreno; que aprenda a “dialogar” con los materiales; que “sienta” una estructura; que todo proyecto suyo “relacione” y “armonice” los volúmenes para que formen un “todo”, que los recorridos “insinúen” lo que no se ve a simple vista; que sus diseños se conviertan en gratas “vivencias” para quien los use.

También creo que el estudiante debe aprender a “soñar” y a “interpretar” los sueños de los demás, en lo posible, con “rigor”. Y, finalmente, que debe asumir su responsabilidad con la ciudad, entendiendo con claridad a qué se refería Eupalinos cuando explicaba que hay edificios que “cantan”, que hay coros de edificios, y edificios que “callan” y merecen nuestro desdén.

Ahora bien, ¿qué derecho tengo a comentar las “estupideces” de los demás cuando lo que acabo de decir es en términos académicos una sarta de incoherencias? Por favor, imagínense a alguien diciendo: “Soy arquitecto. Para quienes no entienden lo que hago, que sospecho son la mayoría, les informo que sé leer los espacios: escucho lo que dicen los terrenos; dialogo con los materiales; armonizo volúmenes; siento las estructuras como nadie; creo vivencias e interpreto sueños. Además, lo hago con pasión. A propósito, ¿sabían ustedes que hay edificios que cantan?” Las opciones que siguen son pocas: o institucionalizarlo o, piadosa y discretamente, llevarle la corriente. Lo peor del caso es que todo lo anterior, y mucho más, lo debe hacer el arquitecto.

¿Se imaginan entonces un programa de estudios que contenga cursos para la “lectura de espacios”, “audición de terrenos” o “interpretación de sueños?” Parece chiste, pero no lo es. Disfrazados bajo un manto de respetabilidad académica, hacemos con mucho cariño y convicción todo aquello de lo cual nos reímos de dientes para afuera. Un taller es algo definible, escrito en términos parcos para el catálogo de la universidad; pero en la realidad no escrita es un mundo distinto, indescriptible, lleno de exploraciones, vivencias, sueños, descubrimientos, viaje al pasado e incursiones al futuro. Un taller de diseño es una celebración, una fiesta del ingenio, un homenaje a la creatividad, y así se debe hacer sin vergüenza alguna.

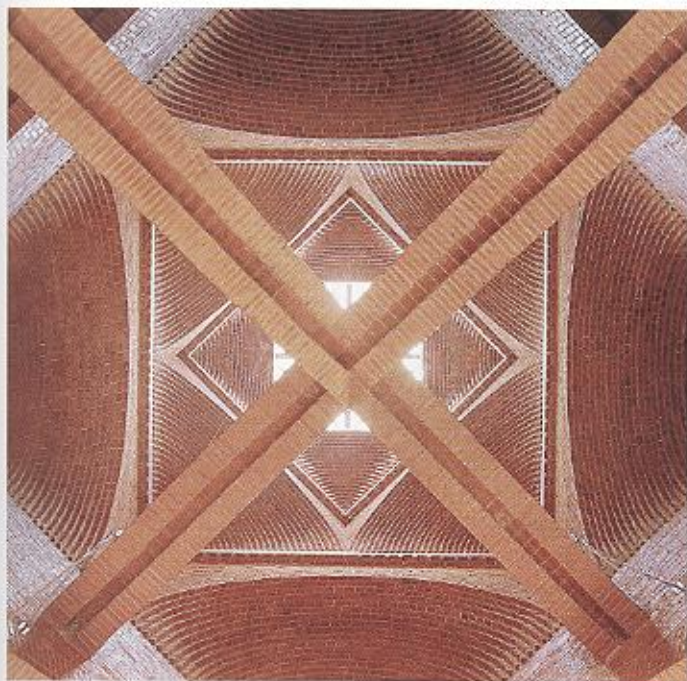
Un curso de historia es, como lo puede decir de manera muy correcta el catálogo, el recuento de una época y sus ma-

nifestaciones. Pero, para nosotros, los iniciados en estas artes, un curso sobre Egipto es una oportunidad de recorrer los espacios de los templos; admirar su emplazamiento; sorprendernos con un monumental culto a la muerte; gozar los jeroglíficos, así sea por su simple belleza gráfica; entender las crecientes del Nilo; comprender que Asan Fahty vivió en casi todas las dinastías. O, al hablar sobre las catedrales, descubrir a sus constructores, llenos de misterios que se heredaban de generación en generación; maravillarnos con los rosetones, de vidrio, las ciudades medievales, los grabados de la época, las gestas de los caballeros, los grifos, los campanarios, las tecnologías constructivas, los sitios militares y las máquinas de guerra. ¡Una fiesta! El arquitecto también debe advertir que gran parte de los conocimientos que tenemos sobre otras épocas se ha obtenido, precisamente, a través de la arquitectura, aquella “testigo insobornable de la historia”. ¿Cuánto sabríamos de Egipto o Grecia o Paquimé sin su arquitectura? Nuestros tiempos, a pesar de las grabadoras y las computadoras, y cuanta tecnología se quiera mencionar, dejarán atrás arquitecturas que hablarán a las futuras generaciones acerca de lo que fuimos. Imagínense la responsabilidad tan grande y tan maravillosa que tenemos entre manos. Todo esto forma parte de la educación del arquitecto.

Lo que se hace a través de los cursos es compartir una aventura, más que enseñar o más que cumplir con un programa, invitar a ver otros horizontes, ampliarlos, romper los compartimientos en los cuales nos coloca la educación tradicional; pero, en la realidad, ¿cómo hacerlo? Nuevamente, ¿qué difícil es enseñar nuestra profesión; qué difícil aprenderla!

Entre más pienso sobre el tema, más me convengo de que uno de los caminos que tenemos abiertos es hacerlo a la antigua: escuchando a nuestros mayores, no necesariamente atendiendo sus consejos, aprovechando sus experiencias. De ahí que siempre será bienvenido quien, sin ínfulas y sin necesidad de impresionar a nadie, a lo largo de una trayectoria personal y profesional, haya acumulado algo de claridad, mucho mundo y mucha experiencia, y esté dispuesto a compartirlo con los demás.

Históricamente, hay quienes nos han tratado de orientar definiendo la arquitectura, su enseñanza o la manera de percibirla. Vitruvio, por ejemplo, explicaba que el arquitecto debía “ser educado, hábil con el lápiz, instruido en la geometría, saber acerca de la historia, haber seguido a los filósofos de cerca, entender la música, tener algún conocimiento so-



Iglesia Episcopal, Las Lomas, D.F., 1991-92. Foto: Carlos Mijares.

bre la medicina, conocer las opiniones de los juristas, y estar enterado de la astronomía y las teorías de los cielos". Poco han cambiado las cosas.

Hoy, el estudiante de arquitectura debe ser educado (ojalá todos lo fuéramos), ser hábil con el lápiz (o con la computadora), saber acerca de historia; tendría que tener algún conocimiento filosófico, en lo posible, ser instruido en geometría, así sea con auto-cad; infortunadamente, pocas escuelas enseñan música, a pesar de que nos han dicho que la arquitectura es música congelada; y en cuanto a la medicina, tal vez aquellas materias que se refieren a la percepción del ambiente la remplacen. Respecto a la opinión de los juristas de ese entonces, hoy es importante conocer las reglamentaciones urbanas y considerar que son pocos los arquitectos que podrían sobrevivir sin la asistencia de algún abogado que los asesore. Y no dejemos de lado la referencia a la teoría de los cielos, ¿será que por analogía podremos referirnos al conocimiento del medio ambiente y nuestra responsabilidad hacia él? ¿se estarían acaso refiriendo desde ese entonces a conceptos hoy equivalentes a clima, sostenibilidad o arquitectura bioclimática? Creo que por ahí es la cosa.

En todas las épocas ha habido quienes se han preocupado por definir con mayor precisión nuestro quehacer y buscar la manera de orientar la formación del arquitecto. Alberti, la Academia Real, la Bauhaus, Le Corbusier, Mies van der Rohe, la Architectural Association, en fin, son muchos los intentos en ese sentido. La gran mayoría de ellos aportan algo positivo y siguen teniendo vigencia, estemos de acuerdo con sus postulados o no. El mismo Platón discutía nuestra profesión en su Academia y anotaba: "la más grata y bella de las casas es aquella en la cual su dueño halla recogimiento en todas las estaciones del año". ¿No nos parece acaso esta afirmación contemporánea, surgida de un Luis Barragán?

Pero muchos de los intentos por definir la manera como ha de formarse el arquitecto caen en un pecado: tratan de convertirse en dogma desconociendo otras alternativas y olvidando que, precisamente por ser una profesión en la que la creatividad es tan importante, la mayor riqueza reside en la enorme variedad de opciones y propuestas que pueden surgir. Hay quienes ven la proliferación de alternativas como una gran confusión; hay quienes, en cambio, la ven como una gran riqueza, con ellos prefiero alinearme; y con quienes le bajan el tono al problema, le restan trascendencia y lo convierten en algo cotidiano, al alcance de cualquiera.

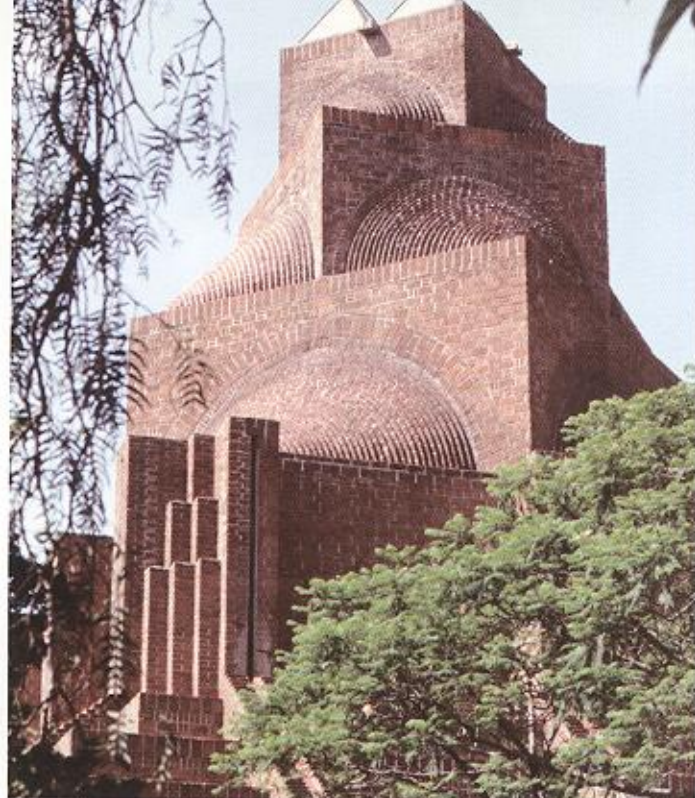
Tránsitos y demoras

Precisamente por eso he degustado y gozado el libro de Carlos Mijares que hoy presentamos, haciendo caso a su recomendación, que solicita huéspedes en vez de lectores; he entrado en él, me he acomodado y me he dejado atender por el anfitrión que, más que el autor, es el libro mismo. Sea lo primero decir que es un buen conversador: expone, razona, pregunta mucho y, a veces, al percibir las dudas del visitante, recurre a la metáfora y a la explicación sencilla. Y mientras escuchaba sus comentarios, fui descubriendo lo poco que tenían de novedoso, que, por el contrario, eran cosas bien sabidas, evidentes, y que por esa misma razón merecían y requerían explicarse con claridad. Pocas cosas hay tan vagas como aquellas que "todo el mundo sabe".

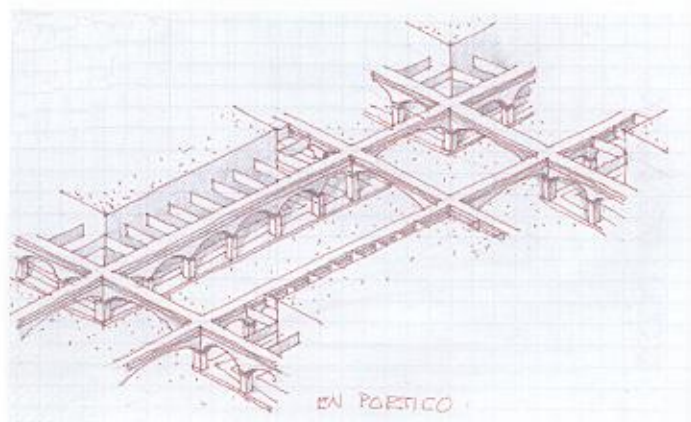
A lo largo de la conversación, el anfitrión me hizo dudar, pensar, y ser cuidadoso con mis respuestas: tan cuidadoso como era con sus preguntas. De manera cordial me pidió que dejara de lado cualquier pretensión profesional, y que lo acompañara de manera desprevenida por un recorrido en que visitaríamos edificios y lugares que de veras cantaban, y que permitiera que algunos amigos, y otros no tan amigos, se nos unieran y opinaran también. Como única condición, nos pidió a todos que no habláramos *de* Arquitectura, sino que lo hiciéramos *en* Arquitectura, curiosa solicitud que aceptamos sin reparo alguno.

Inesperadamente, al hacerlo así, pudimos entendernos todos, ajenos a geografías o períodos históricos. El libro anfitrión siguió explicando cómo la arquitectura puede ser un juego, y que los juegos tienen reglas muy claras; nos contó cómo hay constantes que sobreviven a los tiempos; nos habló sobre la estructura musical, del espíritu de la arquitectura; de cómo, a pesar de la diversidad, existen normas que deben respetarse; del rigor y la disciplina que debemos observar; de las enormes libertades que tenemos, pero también de cómo existen límites a nuestro actuar. Nos explicó las secuencias de los espacios, ilustrando con bellísimos ejemplos, y nos recordó la existencia de las buenas maneras que deben ponerse en práctica cuando intervenimos un contexto.

Entre tanto, Aalto y Kahn presentaban sus opiniones, el mismo Mies dijo alguna que otra cosa; mientras, Le Corbusier se unía al grupo junto con un Gehry, que de veras amenizó la charla. Pude sentir en el ambiente un ligero enrarecimiento cuando Rem Koolhaas habló sobre su libro, pero la finura de los presentes no permitió que se polemizara; alguien recordó



Iglesia Episcopal, Las Lomas, D.F. Foto: Ximena Berecochea.



Diversos croquis de Carlos Mijares.

que no se trataba de un debate sino de una búsqueda para que la arquitectura fuera entendida y admirada por todos de la manera más sencilla, sin complicaciones ni lenguajes al alcance de sólo unos pocos iniciados. "Es que los arquitectos nos hemos olvidado de enseñar la arquitectura, no sólo a los estudiantes sino a la gente", observó el anfitrión. Bastó este comentario para que nuevamente se recuperara el grato ambiente que había caracterizado el recorrido, y se volvió al tema de cómo poner la arquitectura al alcance de todos para entenderla mejor, apreciarla y gozarla como es debido.

Al final del recorrido, reflexionamos acerca de lo que había sido la jornada; habíamos visitado Tikal, la Villa Savoie, el Ayuntamiento de Säynatsälo, el Pabellón de Barcelona, los Laboratorios Salk, el Museo Guggenheim de Bilbao y muchos otros lugares. Ya conocíamos y admirábamos muchos de ellos, pero debo confesar que nos confundimos cuando nos preguntamos el porqué de tanta admiración. Con otros ejemplos, y armado de enorme paciencia, el anfitrión nos explicó cómo la arquitectura se relaciona con el espectador, cómo se comporta con el pasar del tiempo, y cómo es importante que la obra logre incorporarse a un sitio y fusionarse con él. Nos hizo caer en la cuenta de que hay cosas que no pueden explicarse del todo porque en un diseño intervienen no sólo el rigor intelectual sino la sensibilidad, las experiencias y hasta las obsesiones, en ocasiones irracionales y subconscientes.

En todo caso, fueron muchas las consideraciones que se hicieron, muchas las preguntas que surgieron, y pocas las respuestas que logramos. Sospecho que ese era, precisamente, el ejercicio al cual nos había invitado nuestro gentil anfitrión. Después de tan grata tarde, se me vino a la memoria una experiencia semejante, cuando estuve reunido con ese entrañable personaje que fuera Eduardo Sacriste, conocido a través de su libro *Charlas a principiantes*, publicado hace ya varias décadas. Ese libro se convirtió en una especie de guía y consuelo de muchos estudiantes y maestros de arquitectura. Mediante un sencillo discurrir de ideas y recomendaciones, que empezaban por explicar qué cosa es un anteproyecto, por qué es tan necesaria la autocrítica, y llegaban al análisis de obras y conceptos importantes, logró suavizar el proceso de enseñanza, lo tornó en algo sencillo, desprovisto de traumatismos y totalmente desmitificado. Durante esa charla, recuerdo que fue ameno, amable, sencillo, al igual que nuestro anfitrión de hoy me hizo permanentes preguntas, y se las hizo a sí mis-

mo. Manifestó toda suerte de dudas en torno a la arquitectura y a la manera como se aprende; sobre todo, mostró una evidente pasión por la enseñanza, por su profesión, y un desbordante amor por sus discípulos. Fue tan grande el impacto que este buen hombre me causó, que después de cerca de veinticinco años aún siento que tuve el enorme privilegio de estar con una especie de santón.

Otro libro excelente que todos debimos leer fue el de Bruno Zevi, *Saber ver la Arquitectura*; dirigido a un público más maduro que el de Sacriste, fue también una especie de *Biblia* en muchas escuelas. Varios otros han incursionado en este campo tratando de explicar nuestra profesión a quienes la estudian; pero, realmente, pocos se han destacado como Herman Hertzberger con su bello *Lesson for Students in Architecture*, o Peter Cook en su *Primer*, una serie de excelentes capítulos y ejemplos dirigidos no sólo a estudiantes sino a profesionales. Y en todos ellos la aproximación es distinta, siempre admirable; nos confirman, en conjunto, que una de las mayores virtudes de nuestra profesión es la diversidad de respuestas correctas a problemas semejantes, ya sea en diseño, construcción o teoría.

A esta lista de notables se une ahora Carlos Mijares. Creo conocerlo bastante; le tengo tanta confianza que le he perdido el respeto hasta el punto de no poderlo considerar un santón. Para poderlo hacer tendría que existir una mayor distancia, distancia que impiden el mismo Carlos y una amistad de años. Por eso debo limitarme a decir que el maravilloso arquitecto, el gran amigo, el compinche con quien hemos acordado no reírnos de nuestras conferencias cuando nos encontramos en congresos y reuniones, el maestro, nos sorprende nuevamente, esta vez con un libro que pronto se convertirá en un clásico de la enseñanza. Será, sin dudar, el equivalente contemporáneo de las charlas de Sacriste.

De igual forma en que me divertí con la lectura del libro, que admiré la sensibilidad de su autor, que seguí las instrucciones del prólogo, que repasé muchas cosas y aprendí otras tantas que cargué mi mente de preguntas y renové mi orgullo por ser arquitecto, lo harán muchos otros. Sentí que con esta obra se está haciendo un espléndido regalo a los colegas, a las escuelas y a la profesión. Por eso, al despedirme después del recorrido que hice con el anfitrión y su grupo de amigos, prometí no extenderme en su descripción, por cuanto cada quien debe tener el placer de hacerlo por



El maestro Mijares nos sorprende nuevamente, esta vez con un libro que pronto se convertirá en un clásico de la enseñanza.

su cuenta, explorarlo, gozar sus metáforas y descubrir sus muchas lecturas paralelas.

Querido Carlos: asumo, con la seguridad de que nadie me contradirá, la vocería de quienes han de leer tu libro. Queremos agradecerte por compartir tus experiencias; darte las gracias por tu generosidad; gracias también por compartir

tus alegrías; este libro es un homenaje a la alegría de ser arquitecto y la alegría de vivir, de percibir y disfrutar lo hermoso, cosas que bien sabes contagiar a través de tu ejemplo, tus conferencias y tus escritos. Ojalá durante muchos años más podamos seguir diciendo contigo: "¡Qué difícil enseñarla, pero qué bella es nuestra profesión!" ☒



Espacio lúdico, Bogotá, Colombia, 1996. Foto: Carlos Mijares.